



HAROLD BLOOM

El ángel caído

Traducción de Alicia Capel, Paidós, Barcelona, 2008, 96 pp. (Fallen Angels, Yale University Press, 2007)

Se sabe que para escribir *Alicia en el País de las Maravillas* Lewis Carroll se inspiró en una de sus amistades con la intención de evocar la imagen de una niña que está leyendo cuando, de repente, se ve transportada por los sueños de la imaginación al País de las Maravillas, en la creencia, y con la feliz idea, de haber atravesado el centro de la tierra mientras iba cayendo por un pozo profundo, que refería el proceso del sueño, y llegado así por primera vez al País de Antipatías, donde la gente anda boca abajo. A continuación, Alicia advierte a tiempo el error de semejante visión de un mundo aparente en el que, inevitablemente, ha de regir la confusión, a menos de que evitase las dificultades propias de la comunicación, o del entendimiento.

En un prefacio o comentario al margen de uno de sus libros, Harold Bloom dijo, de un modo elocuente y con toda la certeza del mundo, que la imagen de un niño leyendo constituye un acto de inteligencia inestimable en la medida en que muestra algo que está a punto de ser y que no debería ser interrumpido por nada; una imagen que tal vez podría representar tanto una advertencia como el fruto de un resentimiento mayor y que, conforme a una pauta de discernimiento originaria en nuestra condición humana estipulada por Harold Bloom y relativa a una falta de comprensión inevitable de lo que éramos

en contraste, y por comparación, con lo que somos, nos acabaría condenando como niños que no han dado continuidad a la lectura o como adultos que todavía no han aprendido a leer, al menos a leer con profundidad, o que ni siquiera han leído, al menos lo suficiente, tanto en los libros como en la vida.

Por una mala (o buena) suerte para nosotros, ese mundo de apariencias es el nuestro, lo que no resulta, en efecto, tan extraño y, en cambio, sigue siendo confuso, y nosotros mismos somos, en realidad, los ángeles caídos que, en el cuento de Carroll, andaríamos boca abajo todavía a pesar, sin duda, de nuestra imaginación.

En ambos casos, tanto en el del escritor o novelista como en el del lector o crítico literario, respectivamente, el recurso familiar de una imagen infantil, o no tan infantil, además de resultar útil, a mi juicio, como metáfora de iniciación a la lectura, cumple con éxito la tarea de introducir algunos valores pedagógicos tanto en el mundo de la literatura como en el de la crítica de la vida, en prueba de que, si su mérito principal no consiste en acudir en nuestra ayuda ante la confusión en que se mezclan los mundos existentes o no, al menos es capaz de ponernos sobre aviso de la falsedad de las apariencias que, al comenzar a leer, podría ser motivo, antes o después, de equivocación, entre nosotros y respecto al mundo en que nos movemos.

“Leer con profundidad” se convierte así en la experiencia más realista que el lector puede llegar a asumir como la posibilidad de vivir una existencia plena y que empalma con la otra experiencia de “leernos a nosotros mismos” como, en el fondo, el único modo verdadero de leer con profundidad, y en virtud del cual no resulta difícil ver la reivindicación del propio conocimiento o la antigua máxima socrática de conocernos a nosotros mismos. Pero, desde este punto de vista, para llegar a conocernos a nosotros mismos hemos de volver a inventarnos de nuevo; pero para poder volver a inventarnos de nuevo hemos de traducir la lengua franca del presente más inmediato en la memoria o recuerdo de un origen común; pero para volver a un origen común como éste hemos de recuperar la facultad o el don de reescribir nuestro destino juntos. Se trata de un origen que a Harold Bloom no le gustaría que fuera confundido con la nostalgia romántica que sugiere un *nostos* o regreso pasivo o melancólico, según la etimología griega, a un estado de ánimo anterior al habitual.

La figura de *El ángel caído*, cuyo valor de lectura reside en la experiencia de la conversión por la propia lectura, refiere, en consecuencia, la posibilidad de reescribir nuestro destino. Así que, como adultos y personas mayores, por tanto, nuestro origen está en los niños; pero, como ángeles caídos, que, “aunque caídos, siguen siendo ángeles”, nuestro origen se halla en la escena de Adán anterior a la caída en el paraíso; y, como lectores potenciales, nuestro origen, por el contrario, está implícito en nuestro porvenir. Nuestro porvenir, el porvenir del ángel caído, depende, en este sentido, de la búsqueda legítima de la originalidad en aquellos ámbitos o aspectos de nuestra vida que sean reconocidos como exponente de los valores cualificados para interrogar la existencia humana.

De este modo, el canon de la crítica literaria que representa eficazmente Harold Bloom adquiere un valor trascendental de lectura para nosotros que tiene su origen en el valor trascendental que confirma su escritura como precedente. Esto es, por otra parte, una deuda que hemos pasado a contraer como lectores debido a la deuda contraída por la lectura llevada a cabo en manifestación del interés del propio autor.

“Los ángeles —comenta Harold Bloom— sólo tienen sentido para mí si representan algo que era nuestro y que podemos volver a ver”. Sin embargo, la mayor parte de las conversiones, al igual que la auténtica lectura, requieren de nosotros, aún



LIBROS



HAROLD BLOOM El ángel caído

cuando no lleguen a ser nunca del todo auténticas, paciencia y memoria (también en los términos del autor) o, lo que es lo mismo, impaciencia ante el hecho insólito de la lectura y el poder de olvidar las circunstancias en que hemos descuidado la lectura con el paso del tiempo. Harold Bloom se sirve de Shakespeare, la piedra angular de *Genios*, su libro sobre la fuente de la creatividad en la escritura receptiva, como el paradigma clásico de la personalidad capaz de anticipar “lo que está a punto de ser” y con cuya originalidad comparte su antítesis la imaginación, también de forma paradigmática, en apariencia encarnada en el rostro de Hamlet, ahora el ángel de la muerte, que se lamenta del conocimiento de sí mismo (recuérdese, por ejemplo, la frase popular de que todos somos Hamlet), junto a Milton, quien orquestaría la apoteosis de Satanás en *El paraíso perdido*, a fin de advertir que “los ángeles caídos —lectores o no, nosotros, desde un principio— nunca deberían dejar de leer”.

No estaría mal recordar, por lo demás, la radical educación del olvido que profesaba el Satanás de *El forastero misterioso* de Mark Twain, que en realidad no era en absoluto un ángel caído ni un demonio, ni mucho menos el diablo, sino el sobrino benévolo del auténtico Satanás, y que consistía en obligar a los seres humanos a ser persuadidos del mal de su raza y, por paradójico que parezca, de la necesidad inminente de morir —necesidad a la que también alude Harold Bloom citando a Freud, o bien, como decían los antiguos, la posible ventaja de no haber nacido—, sin oportunidad de tomar apenas una rectificación. Tras una aparición imprevisible, como era habitual en él, Satanás le descubría a uno de sus interlocutores predilectos que el purgatorio, a pesar de la creencia humana, no existe.

En una primera toma de contacto del mundo de la literatura con el mundo no literario o real, así como ulteriormente tal vez en sucesivas tomas, la cualidad receptiva del lector no tendría un motivo verdadero para exigir una manifestación de fe ante el vínculo ficticio o imaginativo de la obra o la escritura, ya que para leer bien no hace falta creer en lo que leemos, y, en consecuencia, la necesidad, tanto en el caso del lector como en el del ángel caído cuya condición última para Harold Bloom indica el abandono injustificable de la lectura, de tener que inventarnos a nosotros mismos, acabaría por ser radicalmente opuesta al hecho fortuito de tener que ser inventados, lo que también contribuye a formar de modo alentador un criterio original de la crítica basado en la correspondencia mutua de lo humano con lo humano, registro de la limitación de nuestros actos y nuestros pensamientos más distante del terreno del

azar y la superstición, de la creencia y el mundo de las apariencias. La tarea de constatar la lectura, con esta perspectiva, habrá de incluir, lo queramos o no, un índice respecto a lo que leemos o dejamos de leer.

Sin embargo, la confusión entre una diversidad de mundos en relación con la utilidad de la inteligencia y la voluntad humana conlleva a menudo la guerra o la imposibilidad de distinguir entre el bien y el mal, a la que hay que sumar la “obsesión” del hombre moderno por la ininterrupción de las imágenes que, en la actualidad, ha servido para confeccionar el estereotipo de la denominada “cultura visual”, si bien a cambio de producir cierta distorsión de la realidad. Así, la vista confunde el juicio y, paradójicamente, el juicio devuelve la capacidad de volver a ver con normalidad. Ese mundo de apariencias del que hablábamos al comienzo habrá quedado reducido, así, a un mundo legible donde la paciencia y la memoria —las únicas cualidades o atributos que le conseguirían sus alas a *El ángel caído*— conforman la imprescindible mezcla del remedio casi prescindible por completo contra todo lo que nos distrae de nosotros mismos o que, sencillamente, no nos distrae tanto como pensamos, aunque tampoco nos devuelve a nosotros como creemos que es debido.

Resumiendo en parte el propósito de su libro *La religión en los Estados Unidos*, con el nuevo propósito de revisar la situación del presente y vislumbrar indirectamente el destino próximo de su país, lo que curiosamente está en acuerdo con la afirmación de un entusiasmo creativo que cubre la esencia de la literatura norteamericana, Harold Bloom se ha referido en las últimas páginas de *El ángel caído* al patriotismo religioso de los Estados Unidos con la metáfora propia de la Tierra del Ocaso, que una vez más pone de relieve, como en el resto de su obra, la facultad de la imaginación poética aún válida para realizar un “último esfuerzo” de reposición o recuperación que tiene que ver con la necesidad de ser y perdurar en conjunto como creación, como creación nacional instalada en el centro de la creación humana universal (extrapolada al ámbito académico como recuperación del puesto tradicional o clásico de la literatura en las universidades con independencia de los Estudios Culturales), a pesar de que, como podemos adivinar por nosotros mismos, “un ángel caído no es la peor de las condiciones, ni tampoco la menos imaginativa”. Tras esta imagen se oculta también la obsesión que considerábamos antes, ahora en la forma de obsesión creativa o poética, cuya lectura, si ha de ser preventiva a la fuerza para resultar útil, deberá romper para siempre con la tentación de las evasiones y, por tanto, conducirnos a la evasión de las tentaciones, esto es, necesariamente, la realidad más complicada; la misma evasión que atravesara para Harold Bloom los Estados Unidos debido a su obsesión, esta vez declarada por el autor, con la religión: “somos una nación obsesionada con la religión y, si creyéramos realmente en lo que profesamos, no buscaríamos con tanto empeño las pruebas materiales de un mundo espiritual”, algo que quizás no pueda lograrse por ahora sino al contraer nuevas deudas como lectores entre nosotros, y con el conocimiento mismo, y de ahí que, en este preciso momento, haga falta mucha paciencia y memoria.

En este punto, el efecto del cambio en nosotros o la propiedad de la nueva lectura que configurará la base de nuestra experiencia será, en todo caso, original, aunque no definitiva. Y esta experiencia exige que la cadena de deudas generada por la lectura acabe siendo, después de todo, una cadena de favores gracias, precisamente, a la lectura. De hecho, algo definitivo podría parecer, sin embargo, ajeno al cambio.

Antonio Fernández Díez